

—Ahora, dijo Deflotte, que tenemos treinta fusiles, busquemos sitio á propósito y levantemos una barricada.

Se habian reunido ya unos doscientos combatientes.

Volviéron á la calle de Montreuil. En cuanto caminaron cincuenta pasos, Schœlcher preguntó:

—Dónde vamos? Dar la espalda á la Bastilla es volver la espalda al combate.

Entonces volviéron á bajar hácia el arrabal. A las exclamaciones patrióticas respondía el pueblo, pero al grupo solo se unieron algunos jóvenes. Evidentemente no soplabá el viento de la revolución.

Cuando llegaron al punto donde se unen las calles de Santa Margarita y de Cotte, cortando el arrabal, entraba un aldeano con su carreta cargada de estiércol en la calle de Santa Margarita.

—Aquí es buen sitio, gritó Deflotte.

Detuvieron la carreta del estiércol y la volcaron en medio de la calle del arrabal de San Antonio; luego pasó una lechera y le volcaron también la carreta.

Un panadero iba á pasar con un carro conduciendo pan. Vió lo que sucedía, quiso huir y obligó al caballo á ir á galope. Pero dos ó tres pilluelos, bravos y listos, corrieron tras el panadero; alcanzaron al caballo, que seguía galopando, le detuvieron y llevaron el carro para que sirviera de material á la barricada.

Pasaba un ómnibus que venía de la Bastilla.

—Vaya! exclamó el conductor; ya sé lo que me vá á suceder.

Se apeó voluntariamente, hizo bajar á los pasajeros, desenganchó los caballos y se los llevó.

En seguida volcaron el ómnibus.

Los cuatro carruajes dispuestos en fila apenas cerraban la calle del arrabal, que era muy ancha por aquel punto. Los que los alineaban para construir la barricada decían:

—No destrocemos mucho los carruajes.

Formaron mediana barricada, baja y corta, que dejaba las aceras libres por las dos partes.

En aquel momento pasó un oficial de Estado Mayor seguido de un ordenanza y huyó, llevando el caballo á galope.

Schœlcher examinaba tranquilamente los carruajes volcados, y el mejor de

todos para su objeto le pareció la carreta del aldeano. Para hacer barricada pusieron encima algunas banastas vacías, que la hicieron crecer en elevación, pero que no la fortificaban. En esta operación se ocupaban, cuando llegó un muchacho á la carrera gritando:—¡La tropa!

En efecto, dos compañías se dirigían desde la Bastilla al arrabal á paso de carga, escalonadas por pelotones y barriendo toda la calle.

Las puertas y las ventanas se cerraban precipitadamente.

En aquel momento, en un extremo de la barricada, Bastide decía gravemente á Madier de Montjau:—Hace cerca de doscientos años que el príncipe de Condé, al ir á dar una batalla en este mismo arrabal de San Antonio, preguntaba á un oficial que le acompañaba:—¿Has asistido á alguna batalla perdida?—No, monseñor.—Pues bien, vas á asistir á una.—Pues yo á mi vez os digo que vais á asistir á la toma de una barricada.

Los insurrectos que iban armados ocuparon los puestos que creyeron conveniente y se dispusieron á combatir.

Se acercaba el momento.

—Ciudadanos, gritó Schœlcher, no dispereis un solo tiro, pues cuando el ejército y los arrabales se baten, por ambas partes corre la sangre del pueblo. Dejad antes obrar á los soldados.

Dicho esto subió á una de las banastas que coronaban la barricada. Los otros representantes se colocaron cerca de él, sobre el ómnibus. Malardier y Dulac estaban á su derecha. Dulac le dijo:—Apenas me conoceis; pero yo, que os aprecio, deseo permanecer á vuestro lado. En la Asamblea soy de la segunda fila, pero en el combate quiero ser de la primera.

Algunos hombres de blusa, hombres de aquellos que se vendieron el 10 de Diciembre, aparecieron en la esquina de la calle de Santa Margarita, muy cerca de la barricada, gritando:—¡Abajo los veinticinco francos!

Baudin, que había ya elegido su puesto de combate y que estaba de pié sobre la barricada, les contestó:

—¡Vais á ver cómo se muere por veinticinco francos!

Se oyó un estrépito en la calle. Las pocas puertas que quedaban abiertas se cerraban. Las dos columnas de ataque estaban ya á la vista de la barricada. Más lejos se distinguían otras filas de

bayonetas; las que me habían cerrado el paso.

Schœlcher, levantando el brazo con autoridad, hizo al capitán que mandaba el primer pelotón señal de que se detuviera. El capitán le contestó moviendo la espada en señal de negativa. El 2 de Diciembre se resumía en estas dos palabras: la ley decía: Deteneos! y el sable contestaba: No!

Las dos compañías continuaban avanzando á paso lento. Schœlcher, desde la barricada, bajó á la calle. Deflotte, Dulac, Malardier, Brillier, Magne y Bruckner le siguieron.

Entonces se vió un espectáculo admirable.

Siete representantes del pueblo, sin más armas que las bandas, es decir, majestuosamente revestidos con la ley y con el derecho, avanzaron por la calle, fuera de la barricada, y se dirigieron rectamente hácia la tropa, que les esperaba con el fusil preparado.

Los otros representantes que quedaron en la barricada preparaban los últimos aprestos de la resistencia. Los combatientes estaban en actitud intrépida. La alta estatura del teniente de marina Cournet dominaba á todos. Baudin, de pié sobre el ómnibus volcado, descubría por encima de la barricada la mitad del cuerpo.

Al ver aproximarse á los siete representantes, momentáneo estupor sobrecojió á soldados y oficiales. Sin embargo, el capitán hizo señas á los representantes para que se pararan.

Así lo hicieron, y Schœlcher dijo en voz alta y grave:

—Soldados! Somos los representantes del pueblo soberano, vuestros representantes elegidos por sufragio universal. En nombre de la Constitución, en nombre de la República, nosotros, que somos la ley, os mandamos que os unáis á nosotros y os pedimos que obedezcais. Nosotros somos vuestros jefes; el ejército pertenece al pueblo, y los representantes del pueblo son los jefes del ejército. Soldados, Luis Bonaparte viola la Constitución y nosotros le hemos puesto fuera de la ley. Obedecednos.

El oficial que mandaba la compañía, el capitán Petit, no le dejó acabar.

—Señores, dijo, tengo que cumplir las órdenes que me han dado. Soy hijo del pueblo y republicano como vosotros; pero en este instante solo soy un instrumento.

TOMO III.

—Pero conoceis la Constitución, replicó Schœlcher.

—No conozco más que la consigna que he recibido.

—Hay una consigna superior á todas las demás, que obliga lo mismo al soldado que al ciudadano: la ley.

Volvióse Schœlcher otra vez hácia los soldados para arengarlos, pero el capitán le dijo:

—Ni una palabra más. Si continuáis hablando, mando hacer fuego.

—Qué nos importa! contestó Schœlcher.

En aquel momento llegó á caballo el jefe del batallón, que habló un instante en voz baja con el capitán.

—Señores representantes, dijo éste al poco tiempo agitando la espada, retiraos ó mando tirar.

—Mandadlo, gritó Deflotte.

Los representantes se quitaron los sombreros y presentaron el pecho á los fusiles; solo Schœlcher conservó el sombrero en la cabeza y esperó con los brazos cruzados.

—A la bayoneta! dijo el capitán.

Y añadió, volviéndose hácia los pelotones:

—Preparen... arm...

—Viva la República! contestaron los representantes.

Las bayonetas se inclinaron, las compañías se pusieron en movimiento y cerraron á paso de carga sobre los representantes, inmóviles.

Aquel fué un instante terrible y grandioso.

Los siete representantes vieron llegar las bayonetas hasta sus pechos sin pronunciar una palabra, sin hacer un gesto, sin dar un paso atrás. No titubearon, pero titubearon los soldados.

Estos comprendieron que manchaban doblemente su uniforme, esto es, que atentaban contra los representantes del pueblo, lo que es una traición, y que mataban á hombres desarmados, que es una cobardía; y la traición y la cobardía son las charreteras con que algunas veces se adorna el general, pero nunca el soldado.

Cuando las bayonetas estuvieron tan cerca de los representantes, que ya les tocaban en el pecho, se desviaron por sí mismas, y los soldados, con movimiento unánime, pasaron por entre los representantes sin causarles daño. Solo Schœlcher sacó la levita rota por dos partes, pero él lo atribuyó esto á torpeza del soldado más que á mala intención: el

soldado que pasaba por su lado quiso alejarle del capitán y le tocó con la bayoneta; pero la punta tropezó con el libro de anotar las señas de los domicilios de los representantes, que Schœlcher llevaba en el bolsillo, y solo le atravesó la ropa.

Un soldado dijo á Deflotte:

—Ciudadano, no queremos causaros daño.

Pero otro soldado, que se acercó á Bruckner, le apuntó.

—Vamos, disparad, le dijo Bruckner.

El soldado, conmovido, bajó el fusil y estrechó la mano del representante.

Cosa notable; á despecho de la orden dada por los jefes, las dos compañías llegaron sucesivamente hasta los representantes con la bayoneta calada, pero desviándose de ellos.

La consigna manda, pero el instinto impera; la consigna puede ser el crimen, pero el instinto es el honor. El jefe del batallón dijo algunos días despues:— Nos anunciaron que tendríamos que habérnoslas con bandidos y nos encontramos con héroes.

Entre tanto los de la barricada estaban agitados; creyeron que estaban envueltos, y queriendo socorrerles, dispararon un tiro. Este importuno tiro de fusil mató á un soldado entre Deflotte y Schœlcher.

El oficial que mandaba el segundo peloton de ataque estaba muy cerca cuando el soldado cayó. Schœlcher le señaló al oficial el hombre tendido en tierra.

—Subteniente, le dijo, mirad.

El oficial respondió con ademán de desesperacion:

—Qué quereis que hagamos ya?

Las dos compañías respondieron al disparo con una descarga general y se lanzaron al asalto de la barricada, dejando tras sí á los siete representantes, que se quedaron sorprendidos al verse vivos allí.

La barricada respondió con una descarga; pero la fué imposible resistir, y la tomaron.

Baudin cayó muerto.

Permaneció de pié en su puesto de combate sobre el ómnibus, donde le alcanzaron tres balas; una de ellas le entró de abajo arriba por el ojo derecho y le penetró en el cerebro, haciéndole caer para no recobrar ya el conocimiento. Media hora despues habia espirado. Condujeron su cadáver al hospital de Santa Margarita.

Bourzat, que estaba cerca de Baudin, tuvo la capa atravesada por una bala.

Es cosa digna de notarse que los soldados no hicieron ningun prisionero en la barricada. Los que la defendian se dispersaron por las calles del arrabal ó pudieron refugiarse en las casas vecinas. Dos mujeres azoradas empujaron al representante Maine hasta el portal de una casa, en la que quedó encerrado con uno de los soldados que acababan de tomar la barricada. Poco despues, el representante y el soldado salieron juntos de allí.

Al empezar solemnemente la lucha brillaba aun el último rayo de la justicia y del derecho, y la probidad militar retrocedia con taciturna ansiedad ante el atentado que le obligaban á cometer. Así como existe la embriaguez del bien, existe tambien la borrachera del mal, y más tarde esta borrachera ahogó la conciencia del ejército.

Como el ejército francés no está azeado al crimen y la lucha se prolongó, siendo preciso ejecutar órdenes salvajes, los soldados debieron aturdirse. Obedecieron, no con frialdad, que eso hubiera sido monstruoso, sino con ira, que la historia invocará para escusarlos, porque quizá en el fondo de esa ira entró por mucho la desesperacion.

El soldado que mataron quedó tendido en el suelo, y Schœlcher lo levantó, con la ayuda de algunas mujeres intrépidas que salieron de una casa y con la ayuda de algunos soldados. Lo llevaron primero á casa de una frutera y despues al hospital de Santa Margarita, donde estaba ya el cadáver de Baudin. Este pobre soldado fué la primera víctima del golpe de Estado; Baudin fué la segunda.

Baudin, antes de ser representante, fué maestro de escuela. Le ví por primera vez en la Asamblea el 13 de Enero de 1850. Estaba yo deseoso de hablar contra la ley de enseñanza, pero no habia pedido la palabra; Baudin, que debia hablar el segundo, me ofreció su turno; lo acepté y así pude hablar el día 15.

Era uno de aquellos diputados en los que el señor Dupin tenia fija la mirada por las muchas veces que le llamaba al órden, compartiendo este honor con los representantes Miot y Valentin. Baudin subia con frecuencia á la tribuna; su palabra era vacilante en la forma, pero enérgica en el fondo. Se sentaba en la cresta de la Montaña. Su espíritu era



BAUDIN CAYÓ MUERTO

firme, pero sus modales tímidos, y de esto nacía que tuviese un aspecto de embarazo y de decision al mismo tiempo. Era de mediana estatura. Su rostro sonrosado y lleno, su pecho desarrollado y sus anchos hombros revelaban al hombre robusto, al laborioso maestro de escuela y al pensador de aldea. Con la cabeza inclinada escuchaba con inteligencia y hablaba con voz dulce y grave. Tenía su fisonomía la mirada triste y la sonrisa amarga del predestinado.

El 2 de Diciembre le pregunté:

—Qué edad teneis?

—Aun no he cumplido treinta y tres años, me contestó. Y vos?

—Cuarenta y nueve.

—Pues hoy tenemos la misma edad, me replicó.

Pensaba acaso que al día siguiente nos esperaba quizás la misma igualdad.

Sonaron los primeros tiros; habían muerto á un representante y el pueblo no se levantaba. ¿Tenía venda en los ojos y plomo sobre el corazón? La noche que Luis Bonaparte logró extender sobre su propio crimen, en vez de desvanecerse se ennegrecía. Por la primera vez, despues de sesenta años de quedar abierta la era providencial de las revoluciones, Paris, la ciudad de la inteligencia, parecía no comprenderlo.

Al abandonar la barricada de la calle de Santa Margarita, Deflotte fué al arrabal de Saint-Marceau, Madier á Belleville, Charamaule y Maine se internaron por los boulevares. Schœlcher, Dulac, Malardier y Billier subieron por el arrabal de San Antonio, caminando por las calles laterales que la tropa no ocupaba aun, gritando:—¡Viva la República! y apostrofando al pueblo y preguntándole:—¿Quereis tener imperio? Llegaron hasta cantar la Marsellesa. Al pasar, las gentes se quitaban el sombrero y exclamaban:—¡Vivan los representantes! Pero nada más; no se sublevaban.

En la calle de Charonne entraron en el local de la Asociacion de ebanistas, creyendo encontrar allí al comité de dicha Asociacion constituido en sesion permanente. No encontraron ni un solo individuo, pero no por eso decayó su ánimo.

Cuando llegaron á la plaza de la Bastilla, Dulac dijo á Schœlcher:

—Permitidme que os abandone una ó dos horas, porque estoy solo en Paris con una niña que tiene siete años. Hace ocho dias que sufre una fuerte escarlatina, y ayer, cuando el golpe de Estado

nos sorprendió, estaba moribunda. No tengo más que esta niña en el mundo. Al dejarla esta mañana para reunirme con vosotros me preguntó:—Papá, ¿dónde vas? Ya que vivo, voy á ver si la niña no ha muerto.

Dos horas despues la niña vivía aun y estábamos reunidos en sesion permanente en la calle de Richelieu, número 15, Julio Favre, Carnot, Michel de Bourges y yo, y vimos entrar á Dulac, que nos dijo:—Vengo á ponerme á vuestra disposicion.

IV.

Las asociaciones obreras nos piden una órden de combate.

Al ver lo acontecido en la barricada de San Antonio, que levantaron heroicamente los representantes y que no consiguió atraer al pueblo, se disiparon mis últimas ilusiones. Aquello fué la demostracion suprema y absoluta de un hecho al que no podia resignarme, de la inercia del pueblo, que era deplorable si la comprendía, y si no la comprendía significaba que se entregaba sin saberlo; el manifestarse neutral era una calamidad de que el pueblo no es responsable; de ella eran responsables los que en Junio de 1848 les prometieron la amnistía y despues se la negaron, faltando á su palabra y perturbando el espíritu del pueblo de Paris. Lo que la Constituyente habia sembrado lo recogia entonces la Asamblea legislativa, y nosotros, que éramos inocentes de esa falta, sufríamos las consecuencias. La chispa que vimos brillar un instante entre la muchedumbre, Michel de Bourges desde el balcón de Bouvalet y yo en el barrio del Temple, quedó extinguida. Maine, y luego los representantes que estaban con él, vinieron á darnos cuenta de lo que acababa de ocurrir en la barricada de San Antonio y de los motivos que les decidieron á no esperar la hora prefijada para la cita y á referirnos la muerte de Baudin.

La relacion que yo mismo hice de lo que habia visto y que Casal y Alejandro Rey completaron, añadiendo nuevos pormenores, acabó de fijar la situacion.

El comité no podia ya titubear; yo mismo renuncié al pensamiento de la gran manifestacion, de la poderosa réplica al golpe de Estado, de dar una especie de batalla campal á los bandidos

del Elíseo. Los barrios no nos secundaban; poseíamos la palanca, que era el derecho, pero no contábamos con la masa que debíamos levantar, que era el pueblo. Nada podíamos esperar: como desde el principio manifestaron los grandes oradores Michel de Bourges y Julio Favre, que poseían profundo sentido práctico, solo podíamos empeñarnos en una lucha lenta y larga, evitar acciones decisivas, cambiar de barrios, tener á Paris sobresaltado, dar tiempo á que de los departamentos surgiera la resistencia y fatigar á la tropa, hasta que el pueblo de Paris, que no respira impunemente la pólvora durante mucho tiempo, acabara quizás por inflamarse. La estrategia que la situación requería era la de levantar barricadas por todas partes, que estuviesen poco defendidas, que se reconstruyesen á cada momento, que se pudiesen ocultar y que se multiplicaran. El comité adoptó esta resolución y envió á todos los puntos órdenes en este sentido. El comité permaneció en aquel momento en la calle de Richelieu, número 15, en casa de nuestro colega Grevy, que prendieron la víspera en el 10.º distrito y que estaba encerrado en Mazas. Su hermano nos ofreció su domicilio para deliberar. Los otros representantes, que eran nuestros naturales emisarios, afluyen á nuestro alrededor y se diseminaban por Paris con instrucciones nuestras para organizar la resistencia en todas partes. Algunos antiguos constituyentes, hombres leales y de experiencia, como Garnier-Pagés, Marie, Martin (de Strasburgo), Senart, antiguo presidente de la Constituyente; Bastide, Laisac y Landrin, se asociaron desde la víspera á los representantes. Se establecieron en los barrios donde fué posible comités permanentes, que estaban en correspondencia con el comité central, que se componía de representantes ó de ciudadanos decididos, y elegimos por contraseña la palabra *Baudin*.

Hacia el medio día comenzó á agitarse el centro de Paris.

Apareció en las esquinas nuestra proclama en todas partes, empezando por la plaza de la Bolsa y por la calle de Montmartre. Varios grupos se apiñaban en las esquinas para leerla, y luchaban con los agentes de policía que querían arrancarlas. Otros carteles litográficos contenían en dos columnas el decreto de destitución, que la derecha de la Asamblea dió en la Alcaldía del 10.º distrito, y la declaración de quedar fuera de la

ley el presidente, que votó la izquierda. Se distribuía impreso en papel gris el decreto del Tribunal Supremo de Justicia, que declaraba á Luis Bonaparte incurso en el delito de alta traición y firmado por los magistrados de dicho tribunal.

Al mismo tiempo, en los barrios populares se fijaban en las esquinas de todas las calles de Paris dos proclamas. La primera decía:

“AL PUEBLO.

Art. 68. La Constitución se confía á la custodia y al patriotismo de los ciudadanos franceses.

LUIS NAPOLEON queda fuera de la ley.

Se levanta el estado de sitio.

Se restablece el sufragio universal.

VIVA LA REPÚBLICA! A LAS ARMAS!

Por la Montaña reunida:

El delegado,

VICTOR HUGO.,”

La segunda proclama estaba concebida en estos términos:

“HABITANTES DE PARIS.

La Guardia nacional y el pueblo de los departamentos vienen sobre Paris para ayudarnos á apoderarnos del *traidor* Luis Napoleon Bonaparte.

Por los representantes del pueblo:

VICTOR HUGO, *presidente.*

SCHÆLCHER, *secretario.*,”

Esta última proclama, que se imprimió en cuartillas de papel, se repartió, según dice un historiógrafo del golpe de Estado, haciendo de ella miles de ejemplares.

Entre tanto, los malhechores, instalados en los centros del gobierno, contestando con amenazas, multiplicaban los carteles blancos, es decir, los carteles oficiales.

Leíase en uno de ellos:

“Nos, prefecto de policía,

Decretamos lo siguiente:

Artículo 1.º Queda rigurosamente prohibida toda reunión. Será inmediatamente disuelta por la fuerza.

Art. 2.º Todo grito sedicioso, toda lectura en público, todo acto de fijar carteles políticos que no emanen de la autoridad regularmente constituida, quedan igualmente prohibidos.

Art. 3.º Los agentes de la fuerza pú-

blica velarán por la ejecución del presente decreto.

El prefecto de policía,
DE MAUPAS.

Visto y aprobado:
El ministro del Interior,
DE MORNAY.”

Otro decreto decía:

“El ministro de la Guerra,
Vista la ley sobre el estado de sitio,
Decreta:

Todo individuo á quien se encuentre levantando ó defendiendo una barricada, ó con las armas en la mano, SERÁ FUSILADO.

El general de division, ministro de la Guerra,
DE SAINT-ARNAUD.”

Reinaba gran fermentación en la muchedumbre que llenaba los boulevares. Esta agitación se aumentaba en el centro y se extendía por tres distritos; por el 6.º, por el 7.º y por el 12.º El barrio de las Escuelas empezaba á agitarse. Los estudiantes de derecho y de medicina aclamaban á Deflotte en la plaza del Panteon. Madier recorría y sublevaba á Belleville. El ejército, cada vez más reforzado, se posesionaba de todos los puntos estratégicos de Paris.

Leblond, abogado de las asociaciones obreras, nos envió un emisario joven, que se presentó ante Cournet, Julio Favre, Michel de Bourges y ante mí, que estábamos en sesión permanente. El emisario era de palabra grave y de mirada inteligente; se llamaba King. Era el delegado que nos enviaba el comité de las asociaciones obreras, diciéndonos que éstas se ponían á disposición del comité de insurrección legal que había nombrado la izquierda. Nos refirió que podían lanzar á la lucha cinco ó seis mil hombres resueltos, pero que para eso las asociaciones obreras nos pedían una orden de combate firmada por el comité. Julio Favre cogió una pluma y escribió:

“Los representantes abajo firmados ordenan al ciudadano King y á sus amigos que defiendan con las armas en la mano el sufragio universal, la República y las leyes.”

Lo fechó y lo firmamos los cuatro.

—Con esto nos basta, nos contestó el delegado; ya oireis hablar de nosotros.

Dos horas despues se nos participó que empezaba el combate. Estaban batiéndose en la calle Aumaire.

V.

El cadáver de Baudin.

Respecto al arrabal de San Antonio, como ya dijimos, no nos quedaba ninguna esperanza; pero los hombres del golpe de Estado continuaban recelando de él. Desde las tentativas y desde las barricadas que hubo por la mañana establecieron allí rigurosa vigilancia. Todo el que llegaba al arrabal era registrado, seguido como sospechoso y arrestado con mucha facilidad. Algunas veces la vigilancia se equivocaba. A las dos atravesaba el arrabal un hombre de baja estatura, de aspecto serio y cortés. Dos agentes de policía, uno vestido de uniforme y otro de paisano, le cerraron el paso.—Quién sois?—Un transeunte.—A dónde vais?—Ahí cerca, á casa de Bartolomé, el capataz de la azucarería.—Le registraron; él mismo abrió la cartera, los agentes le metieron las manos en los bolsillos del chaleco y le desabrocharon la camisa; pero no encontrándole nada, el agente se quedó refunfuñando y diciendo:—Me parecía haberlos visto esta mañana en la barricada; marchaos.

Era el representante Gindrier. Si en vez de meterle la mano en los bolsillos del chaleco le hubiesen registrado los bolsillos del paletó, le hubieran cogido la banda y le habrían fusilado.

Gindrier no había comido en todo el día; pensó volver á su casa y se dirigió á los nuevos barrios del ferro-carril del Havre, donde vivía. Por la calle de Calais pasaba un coche. Gindrier oyó pronunciar su nombre. Se volvió, y encontró que en el carruaje había dos personas parientes de Baudin y un desconocido. Uno de los parientes, que era la señora L..., le dijo:—Baudin está herido y le han llevado al hospital de San Antonio. Vamos á buscarle, acompañadnos.—Gindrier subió en el carruaje.

El desconocido era un dependiente del comisario de policía de la calle de Santa Margarita y de San Antonio. El comisario le encargó que fuera á casa de Baudin á avisar á la familia; pero como solo encontró mujeres, se limitó á decirles que el representante estaba herido. Se ofreció á acompañarlas y por eso iba en el coche. Pronunciar delante de él el nombre de Gindrier había sido una imprudencia; pero despues de la explicación que le dieron, declaró que no delataría al representante, y que éste ante